

este dia valiéndose de las palabras del mismo Dios. La naturaleza toda y una experiencia innegable confirman esta verdad. *Et in pulverem reverteris*: la muerte nos espera y con ella una eterna desgracia tal vez. ¿Quién no descubre en la espantosa calamidad con que de un año á esta parte nos aflige la divina justicia un presagio, un principio de aquella? Qué horror!

Si las oraciones del clero deben ser proporcionadas á las necesidades y peligros de los fieles, no sé cuándo sea mas urgente que ahora nuestra obligacion de clamar á las puertas de la divina misericordia. Permanezcamos constantes entre el vestíbulo y el altar, ofreciendo al Señor el sacrificio de nuestras oraciones, y ántes de vernos en la dolorosa necesidad de decirle: *veamos que tomáis venganza de ellos* (1); exclamemos con fervor: *perdona, Señor, á tu pueblo, y no dejes perecer á tu heredad* (2). Seguros estamos, Señor, de que nada niegas al pecador que se vuelve á ti reconocido, puesto que no viniste al mundo á buscar justos sino pecadores: atiende pues á su debilidad y flaqueza, á la masa frágil de que fué formado, á las pasiones que le incitan y á los enemigos que le combaten, y por el honor mismo de tu santo nombre, hazle y haznos á todos participantes de tus infinitas misericordias por la duracion interminable de los siglos. Amen.

(1) *Jerem. c. 11. v. 20.* (2) *Joël, c. 2. v. 17.*

SERMON.

NO DEBEMOS TEMER LA MUERTE,

SINO PREPARARNOS PARA ELLA.

PARA EL MIÉRCOLES DE CENIZA.

(DE CLIMENT.)

Pulvis es et in pulverem reverteris.

Polvo eres y en polvo te convertirás.

Génesis, c. 3. v. 19.

No puede la Iglesia darnos mas claras señales de las veras con que desea, que hagamos penitencia en este santo tiempo de la cuaresma, pues no solo nos impone el precepto del ayuno, y con las palabras del Evangelio, que hemos oído, nos prescribe el modo con que debemos ayunar, para agradar á Dios, y darle satisfaccion de las injurias que le hemos hecho; no solo, cual madre amorosa, nos exhorta á lo mismo que nos manda y que tanto nos conviene, valiéndose de las voces, con que el Señor por boca de los profetas exhortaba á los israelitas, á que gimieran, lloraran y ayunaran por sus culpas; sino que nos acuerda en este dia, que hemos de morir, que somos polvo y nos hemos de convertir en polvo. *Memento, homo, quia pulvis es et in pulverem reverteris.* Recuerdo á la verdad el mas eficaz, argumento, pecadores, el mas fuerte, ó casi el único, que pueda hacerse para convencernos de que es inevitable la penitencia.

Porque si no hubiésemos de morir, ¿qué podría persuadirnos á que nos mortificáramos é hiciéramos penitencia? ¿Qué podría poner en movimiento nuestro corazón, para que pasara del amor del mundo al amor de Dios, que es lo que ejecuta la penitencia? Con ménos motivo que este, solamente porque los

hombres ántes del diluvio vivian centenares de años, sin embargo de que finalmente morian, no pudo Noé con ruegos ni con amenazas recabar de alguno, á excepcion de sus tres hijos, que se desengañara y arrepintiera. Pues si nosotros fuésemos inmortales, si las riquezas, las honras, los deleites y los demas bienes terrenos, que tanto lisonjean nuestro apetito, fuesen eternos é inamisibles, ¿qué razon podria movernos á su desprecio, al aborrecimiento del vicio y al amor de la virtud? ¿qué podria humillar la soberbia, refrenar la lascivia, moderar la ambicion? Qué seria el mundo? una horrible Babilonia. Mucho peor de lo que fué ántes del diluvio, cuando estaba lleno de iniquidades, y toda la carne, segun la frase de la Escritura, estaba corrompida: *Omnis caro corruerat viam suam*. Reconozco pues, ó Dios mio, que es benigna vuestra providencia por la parte, que tal vez algun impío se atreverá á notarla de cruel. Alabo, que una vez que permitisteis que Adan pecara, y que todos pecásemos en Adan, dispusierais que Adan muriera, y que muriésemos sus descendientes. Hicisteis muy bien en despojar al primer padre y á sus hijos, pecadores, de la inmortalidad, que hubiéramos gozado inocentes, condenándonos á muerte, porque la muerte no solo es pena debida á tanta inobediencia, sino el medio mas poderoso para que os seamos obedientes.

Pero esto, oyentes míos, contemplo que necesita de alguna explicacion para su inteligencia y la del pecado original, que contraemos todos los descendientes de Adan, y creemos como una verdad fundamental de nuestra Religion. Y así habré de decir, que Dios crió á Adan y le constituyó cabeza moral de todos los hombres, ordenando por un soberano decreto, darle la justicia original con facultad de trasfundirla en sus descendientes, bajo la condicion de que observara el precepto que le imponia. Y habiendo quebrantado la condicion y el precepto, en lugar de la inocencia, que nos hubiera comunicado inocente, ya pecador nos comunicó el pecado. Todos, segun pronuncia san Pablo, pecámos en Adan; ó porque su pecado, como se explican unos, nos es moralmente voluntario, al modo que es voluntario al pupilo lo que su tutor hace, diciéndose, que aquel quiere y ejecuta lo que este dispone; ó porque el pecado de Adan es en cierto modo la causa, que hizo entrar en el mundo y en nosotros el pecado, y tras él la muerte, como se explican otros, fundados en el testimonio del Apóstol: *Per unum hominem*

peccatum in hunc mundum intravit, et per peccatum mors (1). Causalidad violenta! maligno influjo! que inficionando toda la naturaleza humana, produce en cada uno de nosotros, apénas comenzamos á ser hombres, una culpa mortal, que nos hace con toda propiedad pecadores, esclavos del demonio, enemigos de Dios, hijos de su ira y reos de muerte. Desgracia por cierto digna de llorarse con todos los extremos del dolor, y que bastó á apurar la paciéncia de Job, obligándole á maldecir el instante de su concepcion. *Pereat... nox, in qua dictum est: conceptus est homo... Maledicant ei* (2).

¡Qué otra fuera nuestra suerte, si Adan no hubiera pecado! Porque en el estado de la inocencia, á mas de la gracia santificante, que nos hubiera hecho desde el primer instante de nuestro ser hijos adoptivos de Dios, íntimos amigos suyos y herederos de su reino; á mas del hermoso agregado de todas las virtudes, que hubieran mantenido la razon sujeta á Dios y el apetito sujeto á la razon, resultando de ahí en nuestras potencias un admirable concierto, segun se explica mi angélico maestro santo Tomas (3), y una consonancia armoniosa; en aquel estado, digo, que no dudó san Juan Damasceno llamarlo *sumamente feliz*, á mas de un inefable cúmulo de bienes, hubiéramos gozado de la inmortalidad. Porque nuestras almas, segun enseña santo Tomas con san Agustin (4), hubieran tenido una virtud sobrenatural para preservar á nuestros cuerpos de la corrupcion; para lo cual tambien hubiera contribuído el árbol de la vida, cuyo fruto hubiera alargado la nuestra, hasta que hubiéramos pasado á otro género de vida espiritual y gloriosa (5).

Basta, Señores, basta esta corta descripcion de la inocencia malograda, para llenarnos de afliccion y darnos á conocer cuán enorme fué la culpa de Adan, que juntamente con él nos privó á todos de tanta felicidad. Sin que pueda servirle de disculpa la fragilidad, que entónces no experimentaba, ni de excusa el que no sabia el mal que habia de acarrearle su inobediencia, porque Dios claramente le dijo, que en cualquier día que comiera del fruto del árbol prohibido incurriria en sentencia de muerte: *In quacumque die comederis ex eo, morte morieris* (6). No pudo pues Adan extrañar ni quejarse de la justicia, con que el Señor inmediatamente que comió de aquel fruto, le hizo cargo de su

(1) Rom. c. 5. v. 12. (2) Job, c. 3. v. 3 et 8. (3) Thom. 1. p. a. 9. 94.
(4) Q. 97. a. 4. (5) Q. 91. a. 4. (6) Gen. c. 2. v. 17.

delito, y entre otras cosas le dijo, que era polvo y habia de convertirse en polvo. Antes bien, en sentir de san Ambrosio, debió de agradecerle la advertencia, como un efecto de la misericordia, con que Dios queria moverle á penitencia. Que es lo mismo que pretende de nosotros la Iglesia, repitiendo las palabras del Señor, y poniéndonos delante de los ojos y sobre nuestra cabeza la ceniza, ó el polvo en que hemos de convertirnos: *Memento, homo, etc.*

Pues ¿qué aguardamos, cristianos míos, á hacer penitencia? ¿Por qué no imitáis á Adán penitente, ya que le habéis imitado pecador? ¿Con qué oídos escuchamos las voces de Dios, y de la Iglesia? con qué ojos miramos la ceniza? ¿qué impresion ha hecho en nuestros corazones esa sagrada ceremonia? ¿Estamos sordos, ciegos y endurecidos, como los jerosolimitanos, que á pesar de las voces de Jeremías y de la demostracion que hizo de salir por la ciudad, arrastrando cadenas, en señal de la esclavitud que les amenazaba de parte del rey de Babilonia, se mantuvieron obstinados en la culpa? Yo lo creeré, si desde luego no nos resolvemos á hacer penitencia, despreciando las voces con que Dios nos llama, y malogrando el fin, que la Iglesia se propone en esa ceremonia de la ceniza. Porque ¿no es la ceniza el mejor símbolo de la penitencia, por cuyo motivo antiguamente se cubrian de ella los penitentes, tanto fieles como gentiles? ¿No es la ceniza la mejor representacion de la ligereza de los bienes terrenos, que debemos dejar, para buscar á Dios por el camino de la penitencia? Y pasando adelante y acercándonos mas á nosotros, ¿no fué ayer esa ceniza lo que somos hoy, y es hoy lo que seremos mañana? Ayer fué un árbol verde y hermoso, y ya cortado al golpe de la segur y arrojado al fuego, lo vemos convertido en ceniza. Pues así hoy somos árboles frondosos, que extendemos las ramas de la vanidad y de la ambicion hácia todas partes, y mañana, al impulso de una mortal enfermedad, nos verán postrados en el suelo, yertos cadáveres, y luego convertidos en polvo y ceniza.

Pero no obstante la gran propiedad y fuerza que tiene este sagrado símil, para hacernos venir en conocimiento de lo que somos y de lo que son las cosas de este mundo, frágiles como nosotros mismos, parece que estamos tan bien hallados con los placeres de la vida, y tan persuadidos de que hemos de vivir largos años, que nos horrorizamos al oír los nombres de muer-

te ó de penitencia. Qué alucinacion! qué vileza! Qué mal nos aprovechamos de las diligencias que practica la Iglesia, para que tengamos siempre presente, que somos mortales y que debemos ser penitentes! *Memento, homo etc.* Será pues razon que yo procure coadyuvar el designio de la Iglesia, haciéndoos ver esta mañana, que la penitencia es el mejor medio para conseguir una buena muerte, y que la memoria de la muerte es el mejor medio para movernos á penitencia. Y de esta suerte pienso persuadiros en la primera parte de mi oracion, que no tenéis que temer á la muerte, y en la segunda que debéis prepararos para la muerte.

PRIMERA PARTE.

Gran dificultad, señores, concibo en persuadiros que no temáis á la muerte, porque supongo tan arraigada en vosotros la persuasion contraria de que es loable, preciso, ó á lo ménos inocente el temor de la muerte, que habréis oído con suma extrañeza mi proposicion. Y corréis tan de acuerdo en este particular, que hasta ahora no he oído uno siquiera, que se haya atrevido á reprender, no digo el temor, sino las lágrimas que muchos derraman, y la perturbacion y angustia, que muestran al dársles la noticia de su próxima muerte. Antes bien he observado, que lo aprobáis, como un efecto inevitable del amor natural que tenemos y debemos tener á nuestra propia vida; pero no sé cómo puede componerse esta opinion comun con los principios de la filosofia cristiana, que así llamaban á nuestra Religion los antiguos Padres de la Iglesia, pues sin duda son sus principios mas sublimes que los de la filosofia gentil, y tienen mas fuerza para moderar las pasiones del ánimo, entre las cuales se numeran el amor y el temor de los bienes y males temporales. Es cierto que los sabios de la gentilidad se declararon abiertamente contra el demasiado amor de la vida y temor de la muerte, porque ¿no dijeron, que la vida debia ser ejercicio de nuestra paciencia, y la muerte objeto de nuestro deseo? ¿que es necedad apetecer con ansia el bien de la vida, que infaliblemente y luego se ha de perder? ¿que es desvarío llorar porque somos mortales? ¿No se rien de las lágrimas que derramó Xerxes al pensar que habia de morir? ¿no alaban la serenidad, con que Augusto á lo último preguntó, si habia hecho bien el

papel de emperador, que le había tocado en el mundo? (1) ¡Con qué elogio hablan de innumerables que despreciaron la muerte, y con qué abominacion de los que la temieron! Abrid sus libros, y veréis cómo se difunden y discurren ingeniosos sobre el asunto.

Es verdad que aquellos sabios llevaron el desprecio de la vida á un extremo, que pasa á ser vicioso y bárbaro, pues unos se dieron la muerte á sí propios por causas bien ligeras, y otros lo celebraron como una heroicidad. Mas por lo mismo están bien léjos de nuestra opinion; y reduciendo la suya al medio que dicta una sana razon, nos pone entre la temeridad y la cobardía, nos hace mirar con indiferencia y con tranquilidad la vida y la muerte. En efecto no se desdennan los cristianos de alegar las razones y ejemplos de los gentiles, para no temer la muerte en los trances de la guerra. Pues ¿por qué no han de servir, para que no la temáis en los lances de una enfermedad? ¿Por qué ha de ser honrosa fortaleza ir muy sobre sí á forzar las líneas y avanzar á las brechas, con certeza de perder la vida al golpe de una bayoneta ó de una bala, y no ha de ser infame cobardía temblar por el peligro de perderla al rigor de una calentura? ¿Qué tiene esta muerte, que no tenga aquella que os dan vuestros enemigos, sino el ser ménos sangrienta y horrorosa? ¿Qué dominio tiene el rey sobre vuestras vidas, que no lo tenga mayor Dios? Pues ¿por qué habéis de obedecer con prontitud al rey, cuando os manda perder la vida en la campaña, y habéis de disgustaros y quejaros, cuando Dios quiere quitárosla en una cama?

No será fácil, señores, que encontréis con la luz natural razon de diferencia, y que me satisfaga y favorezca vuestro temor. Ménos la hallaréis con la luz de la fe, porque Jesucristo nos previene por san Mateo, que no queramos temer á la muerte corporal: *Nolite timere eos, qui occidunt corpus* (2). Por san Juan se explica en términos tan fuertes, que nos prohíbe amar la vida, bajo la pena de perderla para siempre: *Qui amat animam suam, perdet eam* (3), y nos manda aborrecerla por la esperanza suprema de vivir eternamente: *Qui odit animam suam in hoc mundo, in vitam eternam custodit eam* (4). Y san Agus-

(1) Entre todos descuella Sócrates, cuya muerte se refiere á lo último del 2. tom. de Rollin.

(2) *Matth. c. 10 v. 28.* (3) *Joann. c. 12. v. 25.* (4) *Joann. ibid.*

tin en la exposicion de estas palabras, despues de haber reprendido la mala inteligencia y error de aquellos desesperados que se ahorcan, se degüellan y se matan, concluye, que aman su vida mas de lo que permite el Señor, los que temen la muerte: *Videntur sibi amari animas suas, qui timent mori.*

Terrible sentencia! pero muy conforme al espíritu de nuestra Religion. Porque en la vida corporal no descubro especial bondad, que la haga digna de un amor de otra clase, que el que merecen los demas bienes temporales; y así debéis amarla del mismo modo que á ellos. Ahora bien, ¿cómo os portáis en orden á los bienes temporales? los deseáis con ansia y anhelo? los poseéis con temor y zozobra? los perdéis con pena y quebranto? No los amáis, como decís: no es vuestra conducta, segun las máximas del Evangelio; ni lo será, si amáis de esa suerte la vida corporal. Aunque, si queréis confesarme la verdad, no amáis la vida destituída de los bienes temporales; no sentís perderla por sí misma y por la esencia que la constituye, sino por las honras, riquezas, regalos y deleites que la acompañan, y se han hecho dueños tiranos del corazon, ó, segun se explica Jesucristo en su Evangelio, han llevado tras sí vuestro corazon: *Ubi... est thesaurus tuus, ibi est et cor tuum* (1).

Sin embargo estáis muy satisfechos con ese decantado natural amor de la vida. Ó engaño diabólico! ¿qué dejáis para los mundanos digno de un cristiano? Está muy bien que un jóven disoluto, que ama los placeres del sentido, se amedrente al pensar que han de acabarse; que un avaro sienta dejar en este mundo el oro y la plata, que con su corazon encerró en un cofre; que una mujer, enamorada de sí misma y esclava de la vanidad y de la impureza, se estremezca al contemplar el fatal momento, en que han de cesar los humos del profano incienso que le tributan sus idólatras: que los mundanos amen la vida y teman la muerte, no es de extrañar, porque ya dijo el Espíritu santo, que era amarga su memoria para los que tienen hecha paz con los bienes de la tierra: *O mors, quam amara est memoria tua homini pacem habenti in substantiis suis* (2). Pero vosotros, que os preciáis de ser cristianos en la fe y en las obras, ¿cómo os asemejáis en el amor y el temor de la muerte á los mundanos? No estáis desasidos de los bienes terrenos?

(1) *Matth. c. 6. v. 21.* (2) *Eccli. c. 41. v. 1.*